

era la Constitución o el Absolutismo. De tales menudencias portuguesas no se ocupaban los hijos de Danton. Y en cuanto a las facciones parlamentarias de Regeneradores, Históricos y Reformistas¹⁸, ni siquiera sospechábamos su existencia, nosotros, que conocíamos las menores *nuances* de la oposición francesa, y que distinguíamos las pequeñas sutilezas de opinión que dividían a Jules Favre y a Gambetta, a Picard y a Jules Simon.

Pero para qué continuar. No quiero escribir una página de memorias. Sólo quiero mostrar, a grandes rasgos, cómo yo, y toda mi generación (exceptuando algunos espíritus superiores, como Antero de Quental u Oliveira Martins) nos habíamos vuelto fatalmente franceses en medio de una sociedad que se afrancesaba y que, por todas partes, desde las obras del Estado hasta el gusto de los individuos, había roto con la tradición nacional, despojándose de todo ropaje portugués, para cubrirse (pensando, legislando, escribiendo, enseñando, viviendo, cocinando) con trapos llegados de Francia.

Esta generación creció, entró en la política, en los negocios, en las letras, y por todas partes llevó el francesismo de su educación, lo esparció por los libros, por las leyes, por las industrias, por las costumbres, y convirtió a este viejo Portugal de don João IV¹⁹ en una copia de Francia, grosera y contrahecha. De suerte que, cuando yo, fui emergiendo lentamente de los harapos franceses en que esa educación me había enmarañado, y tuve conciencia de lo postizo y extranjero de nuestra civilización, pude decir que *Portugal era un país traducido del francés*, primero a la lengua vernácula, luego a la jerga de arrabal.

Pero se me dirá: –Todo eso es una pequeña minoría, compuesta por algunos políticos, algunos literatos, algunos banqueros y algunos mundanos; la inmensa mayoría del país, la burguesía de las ciudades de provincia, la gente del campo, permanece siendo portuguesa, y conserva en su sentir y en su pensar el hilo de la tradición, que sería fácil ir a buscar allí para continuar tejiendo con él nuestra verdadera civilización de índole portuguesa.

¡Qué gran error! Esa vasta mayoría no cuenta. Un país, en el fondo, es siempre algo muy pequeño: se compone de un grupo de hombres de letras, de hombres de Estado, de hombres de negocios y de hombres de

¹⁸ Partidos políticos portugueses surgidos a mediados del siglo XIX.

¹⁹ Monarca portugués de 1640 a 1656, octavo duque de Bragança, fue escogido por los responsables de la Restauração para ocupar el trono de Portugal. Al fallecer dejó el reino política y militarmente organizado.

club, que viven de frecuentar el centro de la capital. El resto es paisaje, que mal se distingue de la configuración de las villas o de los valles. Es la gente soñolienta de provincias, que poco se diferencia de los callejones, tortuosos y sucios, donde vegeta. Son los hombres del campo, que apenas se diferencian de las tierras trigueñas que siembran y riegan. Su única función social es trabajar y pagar. La dirección de un país viene precisamente dada por esa minoría de la capital. Si algún periodista y algún político de París quisieran que Francia fuera republicana, se proclamaría la república; si prefiriesen que hubiera monarquía, subiría un sujeto, con una corona sobre la cabeza, al trono de Luis XIV. No son los campesinos de la Beauce, ni los burgueses de Orleans, quienes escogen para Francia el gorro frigio bermejo o la severa corona. La moda de esa *coiffure* viene de París, de algunas redacciones del *Boulevard* o de los corredores del Palais-Bourbon. En la misma Inglaterra, con su amplia descentralización intelectual y social, la clase media no cuenta, porque, en realidad, los círculos electorales sólo en asuntos muy graves, en asuntos de dinero o de dignidad nacional, tienen una opinión propia y se hacen escuchar. En lo demás, ocupada de su trabajo, acepta sumisamente las opiniones de los clubes de Pall-Mall y de los periodistas de Fleet-Street, como acepta la forma de los paletós que, para la *season*, es decretada por los cortadores de Cook o de Poole. ¿Así que cómo será en Portugal, donde, fuera del pequeño centro de Lisboa, no hay vida intelectual ni social?

Lo que un pequeño número de periodistas, de políticos, de banqueros y de mundanos, decide en el Chiado que Portugal sea, eso es lo que es Portugal. Si un grupo decidiera mañana que Portugal fuese turco, a lo largo del país entero todos los sombreros de copa, todos los sombreros de ala ancha, todos los bombines, todas las gorras de Ovar, tenderán poco a poco a tomar más o menos la forma de turbante. Por ahora, sin embargo, todo es francés. A todas partes llega esta ola de francesismo surgida del Chiado, más fuerte en Oporto que en Guimarães, más visible en Guimarães que en Lamaçal de Bouças, pero perceptible para quien sabe ver por debajo de la superficie. Se pueden conservar las chanclas de orillo y seguir fieles al morcón de cerdo, pero por todas partes se da difusamente esa tendencia, esa aspiración, ese deseo oculto de no ser como fueron nuestros antepasados, sino de otra forma, como son por ahí fuera. Y «por ahí fuera» es Francia.

El padre de un amigo mío, en 1836 o en 1848, en un acceso repentino de odio a todo lo que le recordaba al viejo Portugal, tomó su antiguo mobiliario de ébano torneado y de asientos de cuero labrado, y en

un solo día vendió, quemó, sepultó en el sótano, dispersó todas aquellas formas vetustas que había heredado del pasado; luego corrió a un tapicero de la esquina, y compró, al albur, en un lote, un mobiliario francés. Lo que hizo ese hombre lo ha hecho todo Portugal. En una desesperada ruptura con el viejo régimen, lo rompió todo, lo estropeó todo, lo vendió todo. Y de repente se encontró desnudo; y como ya no tenía ni el carácter, ni la fuerza, ni el genio, para sacar de sí mismo una nueva civilización adaptada a su carácter y a su cuerpo, se metió a toda prisa en una civilización ya hecha, comprada en un almacén, que le queda mal, que no se ajusta a sus brazos.

Como acontece siempre en estas *toilettes* hechas a prisa, se ven aún, por debajo del atavío francés, los restos del traje rudo y primitivo. Portugal todavía usa alpargatas. Pero incluso allí donde este desventurado país usa alpargatas, tiene su corazón y sus anhelos volcados a la bota de charol puntiaguda, que viene de París. En una vieja ciudad de provincias, un amigo mío entró en una tienda, una tienda sombría que olía a moho, iluminada con aceite, para comprar un paraguas. Y, ¡oh espanto!, hete aquí que el tendero, un poco pálido, con levita de cutí, le pregunta, irguiéndose tras el mostrador con el *Gil Blas* en la mano: «¿Ha leído usted hoy esta deliciosa fantasía de Catulle Mendès?» ¡En aquella respetable tienda, donde su padre, en zapatillas, apilaba honradamente los *briches* y las *saragoças*²⁰, el miserable leía a Catulle Mendès! Más de lo mismo. Un día, en Braga, abro un periódico y veo este anuncio: «En la calle de tal, velas de cera, velones, cirios de calidad superior, todo lo más *pshutt* y *becarre* en este género.» ¡Oh, incomparable miseria! ¡Los maravillosos santos de nuestro calendario, patronos de nuestras casas, fieles y dulces protectores de nuestro hogar, iluminados en los altares con cirios *pshutts*, con haces de velas *becarre*! A este abismo ha llevado el francesismo, en la vieja y católica Braga, al venerable y patriótico negocio de la cera. ¡Pobre cera! ¡Pobre Braga!

Pero es sobre todo en mi especialidad, en la literatura, donde esta copia del francés es más desoladora. Como aquellos patos que Zola describe tan cómicamente en *La Terre*, así vamos todos, en fila, lentos y vagos, a través del camino de la poesía y de la prosa, detrás del ganso francés. Cuando se encamina hacia la hierba, vamos bamboleando, pata aquí, pata allá, hacia la hierba; si se para, con el pico al aire, todos nos paramos, con el pico al aire. De repente abre las alas, da lentos sal-

²⁰ Tejido grueso de lana oscura, fabricado en Zaragoza.

titos, y ahí va la grotesca fila, lenta, dando saltitos, corriendo confiadamente hasta el charco. Hemos sido sucesivamente, a imitación del ganso francés, románticos, góticos, satánicos, parnasianos, realistas. Toda la incoherencia, toda la afectación, toda la extravagancia de una literatura en decadencia, ávida de originalidad, y que se descoyunta por el violento esfuerzo de encontrar una nueva cima que espante al público; es inmediatamente remedada en serio, con una melancólica gravedad –que es el fondo del carácter nacional– por una infinidad de muchachos honestos y simples.

Hace dos o tres años, ese colosal bromista y *cabotin* llamado Richepin, publicó un libro, *Les Blasphèmes*, donde sencillamente se proponía acabar de una vez, por medio de algunas brillantes rimas, con el sentimiento religioso de la humanidad, describiendo obscenamente la íntima inclinación de su padre y de su madre. Estábamos en casa de Oliveira Martins, y todos encontramos enormemente divertida esta nueva forma de respeto filial. Sin embargo, Antero de Quental no se reía.

Para nosotros esto es grave –dijo él. –Porque mañana van a aparecer por ahí, en todos esos periódicos, poesías de poetas jóvenes, que comenzarán así:

¡Mi padre era ladrón, mi madre meretriz!

Y no habían pasado ni veinte horas cuando todos, con el espanto de aquella profecía, leímos, en periódicos de Lisboa y de Oporto, poemas en que muchachos muy honestos, de honradísimas familias, acusaban a sus madres de prostitución y trataban a los padres de «lúbricos machos». Ahí es adonde nos lleva Francia.

Pero si los que escriben o garrapatean viven de Francia, los que leen o los que sólo hojean se nutren exclusivamente de Francia. Quien pasea por las calles de Lisboa ve que en los escaparates de los librerías sólo hay libros franceses; y cuando se entra en las casas y se penetra en la sociedad, allí sólo se descubren (en cuanto la conversación se eleva por encima de los asuntos locales) lecturas francesas, simpatías francesas, frases francesas. Casi toda nuestra juventud culta recibe su luz intelectual del *Figaro*. Y el muy banal y muy mediocre Wolf es todavía, para muchos hombres inteligentes, el representante del espíritu francés. Porque hay que advertir que tanto los que escriben como los que leen, toman ingenuamente el *Boulevard* por Francia. Más allá de Francia no se conoce nada, y es como si, literariamente, el resto de Europa fuese